

M A N U E L U G A R T E

Mi campaña  
hispanoamericana

EDITORIAL CERVANTES

Rambla de Cataluña, 72  
B A R C E L O N A

## PREFACIO

En cuestiones de política internacional, como en la guerra, la táctica defensiva es contraproducente y la inmovilidad equivale a la derrota. De aquí el empuje que me ha llevado a pensar que en nuestra América, sitiada por problemas improrrogables, todo es preferible al indiferentismo de hoy ; de aquí el razonamiento que me ha conducido a creer que una acción popular y juvenil puede contrarrestar, 'en parte, el ensimismamiento de la vida diplomática, prisionera aun de concepciones decrepitas, desorientada ante las vastas perspectivas, ciega en el campo de batalla de un Nuevo Mundo abierto a las ambiciones.

Ha llegado la hora de que los hispanoamericanos se ocupen realmente de los asuntos de América, por encima de las querellas, de primacía y los apetitos de la política interior. La realidad de nuestra vida depende de una amplia intervención en las controversias del Continente, porque así como Inglaterra, desde 1806 vio en el Río de la Plata el único contrapeso a la rivalidad avasalladora de los Estados Unidos, en el Río de la Plata puede estar en estos momentos, para todos los hispanoamericanos; el punto de mira de una política "nuestra", desvinculada del Panamericanismo y opuesta a él cuando sea menester. El asunto es urgente y cada día acrecen las dificultades que tendremos que resolver. En aras de esta certidumbre me he levantado contra el acatamiento de los que creen suprimir los conflictos ignorándolos, de los que no parecen perseguir más ideal en las cosas exteriores que aplazar la crisis, para liquidarla cada vez con mayor desventaja.

Claro está que en un Continente que acaba de salir de la violencia y que la prolonga en algunas zonas en forma de endémicas revoluciones suicidas, la indicación de este rumbo tenía que aparecer como una imprudencia peligrosa, habituados como están los espíritus a concebirlo todo en forma rotunda y agresiva, sin escalonamientos, ni matices, dentro de empujes invariablemente unilaterales. No inclinarse ante el imperialismo, equivale—dicen—a entrar en conflicto con él. Esta apreciación primaria basta para dar una idea de la zona en que se mueven todavía algunos inspiradores de nuestra acción internacional. Si oponerse en el orden diplomático a las pretensiones de otro país fuera causa inevitable de ruptura, todos los pueblos del mundo estarían en guerra constante desde el principio de la humanidad y la diplomacia misma habría dejado de existir, suplantada por una floración imperiosa de generales y procónsules. Lo que precisamente caracteriza la acción diplomática es la posibilidad de disentir sin chocar y de obtener ventajas o disminuir las del adversario sin utilizar un solo grano de pólvora, manejando exclusivamente la sutileza, el razonamiento, el interés, o movilizand o las fuerzas extrañas que gravitan sobre cada asunto y pueden contribuir a esclarecerlo. El conflicto armado no es más que la faz resolutiva, a que solo se llega de



































































































































































































































































































































porque lo que se ventila en este siglo no es sólo un problema especial de América, es un problema general de todos, dado que si en el Nuevo Mundo se perdieran las tradiciones y las costumbres que prolongan el alma latina, si en las tierras descubiertas por Colón fueran arrolladas y substituidas las inspiraciones iniciales, si los antiguos virreinos que hace un siglo entendieron realizar una separación política pero nunca una separación moral cayeran en una u otra forma bajo el colonialismo de otro pueblo, si el comercio, la religión, el pensamiento que aún anima en las naciones que hacen perdurar en otro hemisferio la vitalidad y la gloria de una civilización fueran anuladas y vencidas por otra fuerza invasora, se podría decir que los de allá y los de aquí habíamos faltado a nuestros destinos y que nos encontrábamos en presencia de la dolorosa bancarrota de una raza, en un pavoroso Trafalgar de ideas que hundía en el mar, no ya la flota material de un pueblo, sino sus navíos espirituales en las aguas sin límite del porvenir.

FIN